

A VUELTAS CON LA REPRESIÓN ORIGINARIA

Respuesta a Eduardo Braier

Querido Eduardo:

Antes de intentar dar respuesta a las interesantes cuestiones que me planteas a partir de la lectura de mi artículo sobre la represión originaria, permíteme que te exprese mi agradecimiento por el interés que, tal como manifiestas en tu escrito, te ha suscitado este trabajo concreto y, más allá del mismo, mi trayectoria en general. Es un auténtico honor para mí ser objeto de semejantes elogios, viniendo además de alguien como tú, que merece todo mi reconocimiento y respeto, tanto a nivel personal como profesional y teórico. Por otro lado, sabes bien que la admiración es mutua, toda vez que ambos compartimos maneras muy similares de entender la metapsicología freudiana, hecho que se ha traducido a menudo en interesantes y enriquecedores debates sobre los más diversos temas.

Quiero añadir un motivo más de agradecimiento. Tu escrito me ha servido de estímulo para repensar y desarrollar muchos (demasiados) de los puntos que habían quedado oscuros o poco trabajados en mi artículo. De hecho, la cantidad y riqueza de las cuestiones que planteas me ha dado pie para escribir casi un segundo artículo sobre el tema, lo que, por otro lado, ratifica la impresión de que estamos ante un problema central de la teoría que merece todo nuestro esfuerzo y nuestro estudio.

De entre la cantidad de aspectos comentados en tu escrito, he aislado siete que, en sí mismos, bien podrían incluso constituir otros tantos capítulos de una monografía. En lo que sigue intentaré desarrollar algo sobre los seis primeros y dejaré para otra ocasión el séptimo de ellos, el que hace referencia a la clínica. Y es que, en total acuerdo contigo, pienso que nuestros desarrollos teóricos solamente pueden tener sentido

si a la postre nos permiten dar una respuesta cada vez más refinada a los constantes y renovados desafíos de la clínica a la que nos enfrentamos cada día. Es por esto por lo que considero que el capítulo clínico merece un tratamiento aparte.

Y, ya sin más preámbulo, paso a referirme a las seis primeras cuestiones.

1. Cuestión terminológica

No es una mera cuestión semántica, tiene importancia teórica. En primer lugar hemos de cuidarnos de atribuir a Freud la terminología derivada de las distintas traducciones de su obra. En este caso, Freud habló siempre de *Urverdrängung*. Como mucho, en 1926 se refirió al concepto en plural, *Urverdrängungen*. Así pues, todos los distintos términos que nos encontramos en los textos de los autores —represión originaria, primaria, primordial, primera, etc.—, responden a las diferentes maneras de traducir el término utilizado por Freud. Son distintas maneras de entender el prefijo *Ur*; que en alemán remite a lo original, arcaico o primitivo, y que, tal como consigno en el artículo, Freud utiliza con frecuencia (*Urphantasien*, *Urvater*, *Urszene*, etc.), en un sentido totalmente diferente a cuando desea referirse a una correlación de cronología, por ejemplo: narcisismo primario (*primären Narzissmus*)/secundario, proceso primario (*Primärvorgang*)/proceso secundario, etc. Bien es cierto que cuando en 1915 describe por primera vez la represión originaria, dice lo siguiente: «Tenemos razones para suponer una *represión primordial* [*Urverdrängung*]» y añade a continuación: «una *primera* fase de la represión [*eine erste Phase der Verdrängung*]» (Freud, 1915d: p. 143; las bastardillas de la palabra «primera» me pertenecen). De la misma manera, cuando en *La interpretación de los sueños* hace una referencia velada al concepto en

cuestión, habla de «condición *previa* de la represión [*Vorbedingung der Verdrängung*]» (Freud, 1900: p. 593, bastardilla mía). Ahora bien, a diferencia de lo que ocurre en otras ocasiones (por ejemplo, «desmentida» o «renegación» por *Verleunung*), en este caso, las distintas opciones de traducción han servido para diferenciar y connotar los diversos procesos que podemos aislar bajo la denominación freudiana de *Urverdrängung*. Y así, tal como tú referes en tu escrito y desarrollas en una larga nota de tu libro (Braier, 2009: pp. 217-218), la mayoría de autores han aislado *dos* diferentes procesos o niveles en los que se podría identificar el fenómeno de la *Urverdrängung* freudiana: uno generalmente connotado como «represión originaria», vinculado al acto de ligar la excitación reinante a fin evitar la ruptura de la protección antiestímulo con la consiguiente acción traumática, acto que, de producirse exitosamente, permite la puesta en marcha del principio del placer (la *represión primaria funcional* de Brudny), y otro, generalmente denominado «represión primaria», que apuntaría al verdadero proceso represivo de la sexualidad infantil (y que Brudny llama *represión primaria orgánica*¹). Así las cosas, y tal como expongo en el artículo, el único autor que establece una diferenciación en *tres* niveles es Brudny, el cual, además de las dos ya mencionadas, desglosa —bajo el nombre de *represión primaria estructural*— un segundo nivel de ligazón que vendría a transformar el proceso primario en secundario, el yo placer en yo real definitivo, y finalmente a estructurar (y de ahí el nombre que el autor le da) el aparato en dos instancias: inconsciente reprimido —que se fundaría en ese momento— y preconscious-consciente.

2. Ontogénesis de la represión originaria

Completamente de acuerdo contigo y con los autores que así lo defienden, en relación a la concepción ontogenética de la represión originaria. Está claro que se trata de un proceso posnatal, individual, contingente en alto grado, y desde luego observable. Los trabajos de Laplanche y de su discípula, Silvia Bleichmar, a los que haces referencia, resultan muy ricos y esclarecedores. Pero dentro incluso del corpus freudiano tenemos un

1. En el artículo explico por qué Brudny utiliza este calificativo.

testimonio clínico insustituible, de un valor incalculable y que raramente se tiene en cuenta, que no es otro que el caso Juanito, en donde asistimos paso a paso, *en vivo y en directo*, guiados además por las observaciones del propio Freud, a la instauración de la represión originaria.

3. Tópica de la represión originaria

La cuestión que planteas bajo el rubro de «estatus tópico de las distintas inscripciones» es de una enorme complejidad pero también de gran importancia, no sólo teórica sino también clínica y técnica.

Hablar de *inscripciones* en el aparato psíquico nos lleva indefectiblemente, a contemplar por un lado los dos modelos (*Vorbild*) de aparato psíquico, emblemáticos de la primera tópica freudiana, el de la Carta 52 y el del capítulo VII de *La interpretación de los sueños* y, por otro, al tema de las identificaciones primarias.

La Carta 52

Con respecto a los modelos aludidos, y aunque ambos son muy similares, son muchos los autores que se están centrando actualmente en el primero de ellos. Concebido por Freud (1950 [1896]) para explicar el mecanismo de la memoria, es obvio que el esquema de la Carta 52 tiene un alcance y una potencialidad heurística que van mucho más allá. Como premisa, cabe decir que la inscripción en forma de distintos tipos de huellas mnémicas tiene por función fijar la excitación que se origina en el polo perceptivo e impedir así lo que sería el modo de funcionamiento más primitivo del aparato, esto es la descarga en arco reflejo a través del polo motor, descarga regida por el principio de inercia y que de persistir conduciría al cero absoluto, lo que sería incompatible con la vida. Así pues, el esquema aludido plantea de entrada tres niveles consecutivos de *inscripción* en el psiquismo (I, II y III), que se corresponden con los tres niveles de ligazón de la excitación que ingresa en el aparato y que vienen a garantizar el progresivo proceso de transformación y pasaje de la cantidad a la cualidad:

- 1º) inscripción de los signos de percepción (*Wahrnehmungszeichen*) o huellas perceptivas,
- 2º) constitución de la representación de cosa inconsciente (*Unbewusstsein*) y
- 3º) constitución de la representación-palabra preconsciente (*Vorbewusstsein*).

En correspondencia con estos niveles de ligazón, se delimitan tres diferentes procesos o modos de funcionamiento psíquico: *proceso originario* (descrito en su momento por Piera Aulagnier, 1975), *proceso primario* y *proceso secundario* (descritos clásicamente por Freud). Además, el esquema nos permite contemplar las vicisitudes de eso que los autores, con Freud a la cabeza (Cf. Braier, *op. cit.*), han llamado la prehistoria del psiquismo, esto es, el período de la primera infancia anterior a la adquisición del lenguaje verbal.

I		II		III
P-----	Ps -----	Ic -----	Prcc-----	Cc
XX	XXX	XXX	XXX	XX
X	X	XX		X

Ahora bien, el aspecto más interesante, más dinámico y también más actual, de este modelo viene dado por el hecho de que, según Freud, «el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un *reordenamiento* según nuevos nexos, una *retranscripción* [*Umschrift*]» (Freud, *op. cit.*: p. 274, itálicas de Freud). Es merced a este proceso de reordenación y complejización cómo el aparato logra transformar la cantidad en cualidad. Así pues, recordemos que la primera inscripción —la que genera los signos de percepción o huellas perceptivas— se produce de manera directa, automática, como consecuencia de la necesidad de liberar el polo de la percepción, *P*, (que, por definición, no puede inscribir ninguna huella). En cambio —y aquí comienza el interés del modelo—, las siguientes inscripciones, *Ic* y *Prcc*, requieren de sendos procesos de *reordenamiento*, transcripción o traducción, que implican una *transformación* o *elaboración* del material perceptivo previo de acuerdo a diferentes criterios (Freud habla también de *fueros*). Así, el criterio que rige las huellas perceptivas (nivel I de inscripción) es de mera asociación

por contigüidad, las huellas coexisten una junto a la otra pero no logran sintetizarse en una representación. La transformación de estas huellas o signos perceptivos en una primera *representación de cosa* inconsciente supone un primer nivel de *simbolización* (simbolización primaria de Roussillon), cuyo resultado es la formación de una *representación* (*Vorstellung*) inconsciente que se rige — dice Freud— por criterios de causalidad, pudiendo adquirir carácter de concepto. El ejemplo más claro lo tenemos en la llamada *experiencia de satisfacción*, la que, después de sucesivas repeticiones, acabaría generando un concepto: es el objeto (pecho, madre), y una relación de causalidad: este objeto es la causa de mi satisfacción, lo que a su vez conlleva un deseo y una actividad autoerótica: la satisfacción alucinatoria. Observemos de pasada el alto nivel de complejidad que entraña esta primera transformación. Como han señalado diversos autores (Laplanche, Aulagnier, Bleichmar, Bion, etc.), las huellas perceptivas no dejan de ser impactos provenientes del mundo exterior, huellas, trazos, signos enigmáticos que la percepción deja en el tejido psíquico y que, de no ser adecuadamente metabolizados y transformados en una *representación* (que es ya una unidad netamente psíquica), mantienen el carácter de lo traumático. Finalmente, la transformación de la representación-cosa inconsciente en representación de palabra preconsciente (y susceptible de conciencia) requiere de un proceso más complejo, que Roussillon ha denominado *simbolización secundaria*, y que da por resultado la representación-palabra, organizada según criterios lógicos, lingüísticos y temporo-espaciales, propios del yo real definitivo, del proceso secundario y del preconsciente.

Dicho esto, recordemos que el propio Freud (*op. cit.*, p. 276) indica que lo que clínicamente llamamos represión no sería más que la *denegación* (*Versagung*) de la traducción de una instancia a la siguiente, es decir, la *fijación* de la pulsión a la inscripción anterior. Al afirmar esto, todo parece indicar que se está refiriendo a la represión propiamente dicha o secundaria, la cual, efectivamente, denegaría la traducción de determinado material inconsciente a su correspondiente representación en palabras, tal como ocurre en las

neurosis de transferencia y en los fallidos. En cualquier caso, esta concepción de la represión como denegación de la traducción sólo sería aplicable al pasaje entre el nivel II (*Icc*) y el III (*Precc-Cc*), toda vez que, como el propio Freud nos recuerda en el texto, lo que la motiva es un determinado desprendimiento de displacer, lo que presupone que el pasaje entre I y II (que como hemos dicho pone en marcha el principio del placer/displacer) se ha producido con éxito. En cambio, en el caso de la llamada *represión originaria*, esto es, el proceso que transforma I en II, no se produciría como consecuencia de un exceso de displacer (que, recordémoslo, es una forma de cantidad ya cualificada) sino de un exceso de excitación sin cualificar, capaz de romper la protección antiestímulo. Al menos, así lo sugiere Freud en *Inhibición, síntoma y angustia*, cuando dice que es «enteramente verosímil que factores cuantitativos como la intensidad hipertrófica de la excitación y la ruptura de la protección antiestímulo *constituyan las ocasiones inmediatas de las represiones primordiales* [*Urverdrängungen*]» (Freud, 1926: p. 90, itálicas mías); sugerencia esta que además armoniza bastante bien con la afirmación de *Más allá del principio del placer*, en la que habla de aquella «otra tarea [ligar las cantidades hipertróficas de excitación] que debe resolverse *antes* de que el principio de placer pueda iniciar su imperio [...], una función del aparato anímico que [...] parece *más originaria*» (Freud, 1920: p. 31, itálicas y aclaración entre corchetes mías).

Por lo tanto, y para resumir brevemente, la *represión originaria*² (simbolización primaria entre I y II) inaugura la representación y funda el inconsciente, mientras que la *represión primaria*³ (simbolización secundaria entre II y III) instaaura la censura y cierra el inconsciente, a fin de garantizar el funcionamiento civilizado en proceso secundario. Es la articulación de las dos formas de represión lo que viene a garantizar el pasaje de la natura a la cultura.

2. Para no caer en confusión terminológica, «represión originaria» aquí equivale a lo que Brudny designa como *represión primaria funcional*.

3. Ahora estaríamos hablando de la *represión primaria orgánica* de Brudny.

Así pues, el trauma originario y la consiguiente fijación al mismo es el resultado de la imposibilidad — cualquiera que sea su causa— de transformar los signos de percepción en representación. Como apuntaba, semejante eventualidad ha sido teorizada por casi todos los autores modernos, y así, los Botella hablan de no representación, Bion de elementos beta que, al fallar la función alfa y la *reverie* materna no son susceptibles de ser transformados en partículas de pensamiento y quedan condenados a la evacuación (transformación en alucinosis, identificación proyectiva, etc.); Piera Aulagnier se refiere a huellas o marcas psíquicas que no han podido ser metabolizadas a fin de autoengendrar un pictograma; Lacan, a su vez, a la no constitución del fantasma; Laplanche a los significantes enigmáticos, Rosolato a los significantes de demarcación, Marucco a las huellas mnémicas ingobernables, etc. En todos los casos nos estamos refiriendo a aquella situación que Freud describía en términos de *más allá del principio del placer*, y en otro contexto, de *huellas mnémicas del tiempo primordial*, responsables de traumas que suceden en la *prehistoria* del sujeto, es decir, en aquellos momentos originarios en los que no está disponible aún el lenguaje.

Así las cosas, la cuestión de qué es lo que subyacería bajo la represión originaria, desde mi punto de vista, hay que pensarla en términos de si dicha represión ha resultado exitosa o no; esto es, solamente si ha funcionado bien en cada uno de sus niveles (sean dos o, como quiere Brudny, tres), podemos hablar de que habrá algún resto fijado en alguna forma de *inconsciente reprimido* y, por tanto —y esto es lo determinante— susceptible de *retorno de lo reprimido* en forma de retoño o formación sustitutiva. Naturalmente, esto resulta más claro cuando pensamos en la tercera forma de Brudny, la represión que se encarga de levantar barreras ante las satisfacciones autoeróticas de la sexualidad infantil (oral, canibálica, anal, fálicouretral, etc.), toda vez que el resultado de tal represión suele presentarse en forma de formaciones reactivas: el asco, la vergüenza, la moral, el control de esfínteres, el altruismo, la educación, etc. La sexualidad infantil quedó sepultada bajo el manto de la amnesia infantil.

Otra cuestión es cuando hablamos de las formas más originarias de la represión, tales como la funcional o la estructural de Brudny. Respecto a la primera de ellas, también encontramos un resto, que nos sirve de formación sustitutiva: el funcionamiento del aparato en proceso primario (capacidad para soñar, fantasear, el acceso a la figurabilidad; la relativa ausencia de descargas motrices, tales como el berreo incontenible, el pataleo, la rabieta, en los bebés, etc.) presupone que la represión primaria funcional de Brudny funcionó bien: ligó la excitación. Por otro lado, el pasaje exitoso del yo placer al yo real definitivo, la renuncia a la satisfacción alucinatoria en beneficio del progresivo acceso a la palabra, el imperio del principio de realidad sobre el del placer (que implica una buena capacidad de adaptación, con tolerancia a la frustración y capacidad de espera), todos ellos fenómenos observables en los niños durante su educación, son indicadores de que se estableció el segundo nivel de represión, esto es la represión estructural de Brudny.

Las identificaciones primarias

Tema aparte (desarrollado también de forma magnífica en tu libro *Hacer camino con Freud*) es el de las identificaciones primarias. Me refiero, sobre todo, aquellas que se denominan identificaciones primarias pasivas. Este es el vehículo a través del cual el *infans* adquiere su identidad, esto es, su nombre y todo aquello que se espera de él en la vida. Se trata de un proceso de naturaleza netamente narcisista, cuya referencia más emblemática es la siguiente cita de Freud: «Si consideramos la actitud de padres tiernos hacia sus hijos, habremos de discernirla como renacimiento y reproducción del narcisismo propio, ha mucho abandonado». Y unas líneas más allá, añade lo que viene a ser una profecía en toda regla y un mandato: «El niño *debe* tener mejor suerte que sus padres, *no debe* estar sometido a esas necesidades objetivas cuyo imperio en la vida hubo de reconocerse. Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia *no han de tener vigencia* para el niño [...] *His Majesty the Baby* [...] *debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres*» (Freud, 1914: pp. 87-88, itálicas mías). La marca que semejante profecía deja en el aparato es de tal potencia que,

como sabemos, puede determinar el destino de un sujeto. Y, naturalmente, este destino puede depender de cuáles hayan sido las expectativas depositadas y transmitidas a través de la identificación primaria pasiva, y estas a su vez dependen claro está de las fantasías conscientes, *pero también inconscientes*, de los padres acerca de su hijo y de cómo los padres han procesado su propio narcisismo. Estamos de lleno en el tema de los ideales, el ideal del yo (*Ichideal*) de los padres es proyectado sobre el niño (tal como Freud nos recuerda), lo que a su vez engendra en este aquella instancia llamada yo ideal (*Ideal-Ich*), con la que de forma ineluctable deberá confrontarse el yo real. Ahora bien, sucede que hablar de ideal tratándose del narcisismo resulta bastante equívoco, ya que no siempre el bebé es recibido por los padres como *His Majesty the Baby*, pues sabemos desde los trabajos de Raskowsky, a los que haces referencia, que los progenitores pueden albergar fantasías filicidas de diversa magnitud y estas pasan a configurar también la instancia del yo ideal (que deja de resultar «ideal» para convertirse en tanático). Hay autores que han visto en este fenómeno el origen del llamado superyó arcaico y cruel o persecutorio, responsable de las neurosis de destino más desgraciadas y de la compulsión de repetición. Por supuesto, cuando Marucco (1998) habla del efecto sobre el niño de las fantasías de Layo y Yocasta, se está refiriendo a este proceso mismo.

¿Cómo se articula toda esta temática con el tema de la represión originaria? Dicho de otra manera: Los contenidos y las inscripciones generadas por la identificación primaria pasiva a que acabo de referirme, ¿son afectados por la represión originaria o, más bien, como sugiere Marucco, por la desmentida y la escisión del yo? De entrada, y para decirlo rápidamente, me inclino, como tú, por lo segundo. No puedo imaginarme dichos contenidos como formando parte de lo reprimido originario, toda vez que nunca generan un retorno de lo reprimido, una formación sustitutiva, que tenga con ellos una relación de carácter metafórico o simbólico, lo que resulta preceptivo cuando hablamos de la represión. Por el contrario, el retorno lo hallamos más bien en el campo de la acción, de la conducta, de la compulsión; en el mejor de los casos, dicho retorno adquiere la forma del fetiche (lo que conservaría un mínimo de valor simbólico) o del doble,

aunque ya sabemos que el objeto sustitutivo en función de doble puede devenir en cualquier actividad que sirva para sostener la desmentida (droga, sexualidad, ludopatía, relación objetal hiperdependiente, etc.).

Así las cosas, cabe preguntarse: ¿En qué inconsciente figura grabado el guión que marcará el destino del sujeto? Está claro que no en el inconsciente reprimido, toda vez que, como dice Marucco, no puede haber sufrido la represión porque no ha entrado en el psiquismo como vivencia que haya dejado huella mnémica.

Parece evidente que Freud, que resolvía este enigma apelando a la filogenia, esbozó el esquema de la segunda tópica, y el ello, como manera de zanjar la cuestión, pero el interrogante permanece. Todo parece indicar que este tema podría tener relación con el fenómeno de la hipnosis y de las órdenes poshipnóticas, una suerte de transmisión directa de inconsciente a inconsciente, sin pasar por el yo, el cual se limita a ejecutar un mandato que le viene desde dentro, y a hacerlo como si fuera un deseo suyo (he ahí la identificación).

Lo que parece evidente es que todos estos procesos desencadenados por la identificación, una vez instalados en el aparato, no siguen el mismo derrotero que las vivencias y, por ende, no son susceptibles de ser reprimidos. Entonces, sólo cabe la posibilidad de que ellos permanezcan disociados, escindidos en algún oscuro rincón del ello, a la espera de que en el momento oportuno, puedan desplegar su acción. Por lo tanto, me sumo a los que, como tú, defienden la hipótesis de la tercera tópica, única opción capaz de explicar este tipo de fenómenos que tan a menudo observamos en la clínica y en la vida cotidiana.

4. Las profantasías

El problema de las profantasías o fantasías originarias (*Urphantasien*) nos conduce de nuevo al terreno del enigma, de lo que no hemos podido resolver, toda vez que la hipótesis de Freud, que explicaba su transmisión por vía filogenética, hoy en día nos resulta insostenible. Ahora bien, como dice Green (1990), cuidémonos de

no arrojar al niño con el agua de la bañera. Aplacemos el problema de su transmisión y concentrémonos en el tema que nos ocupa: si su contenido forma parte o no de lo reprimido originario. Diría que generalmente sí, aunque no siempre ni necesariamente. Dada su universalidad, cabe pensar que el procesamiento de tales fantasías originarias no puede ser el mismo pongamos por caso en un sujeto neurótico, que ha pasado, resuelto y sepultado adecuadamente su Edipo, que en un psicótico. Como es sabido, en el primer caso, la función de las profantasías es la de erigirse en los guiones inconscientes —los «esquemas», dice Freud—, a partir de los cuales cada sujeto construye su fantasma particular, su novela individual, organizando su vivenciar particular de acuerdo con ellos. Así pues, Freud afirma que las fantasías originarias operarían al modo de las «categorías» filosóficas o también del saber instintivo de los animales, con lo que también las compara; y añade que «donde las vivencias no se adecuan al sistema hereditario, se llega a una refundición con ellas en la fantasía» (Freud, 1918 [1914]: p. 108).

Advertimos aquí, sin duda, el efecto en forma de fantasía de la resignificación *après coup* de un material, que por eso mismo, debe quedar sometido a la represión originaria y guardado en los «transfondos del inconsciente» (Freud, 1926: p. 90). Y Freud no puede ser más explícito al respecto: «Eso instintivo sería el *núcleo de lo inconsciente*, una *actividad mental primitiva* [*eine primitive Geistestätigkeit*] que luego la razón de la humanidad [...] destrona, superponiéndosele, pero que con harta frecuencia, quizá en todas las personas, conserva la fuerza suficiente para *atraer hacia sí los procesos anímicos superiores*» (Freud, 1918 [1914]: p. 109, *italicas mías*). Tengamos en cuenta que la síntesis de las tres profantasías principales, esto es, la escena primitiva (*Urszene*), la seducción y la castración, acaba configurando el conflicto edípico en sí mismo, esto es, el incesto y el parricidio⁴, lo cual, naturalmente, debe caer sepultado bajo la amnesia infantil de la represión

4. Recordemos que Freud, en el mismo texto, ya contempla el complejo de Edipo como una profantasía (Ibid., p. 108). Al respecto cabe recordar que también se han contabilizado como *Urphantasien* la del regreso al seno materno y la novela familiar.

originaria. A partir de ahí, todo lo que articulamos como fantasías o/y sueños, todo lo que en definitiva es interpretable o construible en un análisis, no es más que un retoño de lo reprimido originario o un recuerdo encubridor. Recordemos que uno de los sentidos de la represión originaria está asociado con lo que Freud llamaba el ombligo del sueño.

Ahora bien, ¿cómo se maneja un psicótico con las profantasías? El tema es interesante y alude directamente a la relación que existe entre la función de la *Urverdrängung* y la *Verwerfung*. Soy de la opinión (Sales, 2009) de que la segunda tiene mucho que ver con el fracaso de la primera. Esto se puede traducir a nivel clínico por el hecho de que la fantasía de seducción sea vivida por el psicótico desde una óptica netamente persecutoria o erotomaníaca, mientras que la castración, lejos de adquirir un valor simbólico, se le represente al psicótico en el plano de lo real, llevándole a automutilaciones diversas, incluida la emasculación real (que no es rara en ciertos esquizofrénicos), o bien elaborada de forma delirante (recordemos, sin ir más lejos, el caso Schreber). Y respecto a la escena primitiva, lo más característico es que en el psicótico, con la connivencia en este caso de su madre, no llegue ni a tener lugar, dada la forclusión del Nombre-del-Padre del lugar del Otro (la no inscripción del tercero) y el mantenimiento de una relación dual de mutuo completamiento con la madre fálica.

5. Lo no presente versus lo no representado

En cuanto a la afirmación mía que citas (Sales, 2015: p. 43) y con la que no estás de acuerdo, no puedo más que darte la razón. Se trata de un error de expresión pero que puede comportar un error conceptual, que es el que tú detectas agudamente. El párrafo que tú citas debería haber sido redactado así: «El trauma de la *no presencia* de la madre, generada por sus ausencias, podrá ser reelaborado...». No me refiero, pues, como se deduce de la errónea redacción que figura en mi artículo a una ausencia de la representación de la madre, sino, justamente a todo lo contrario: precisamente cuando el objeto madre se halla bien representado en la mente, el

niño puede tolerar el trauma (menor) de sus ausencias ocasionales, sin el auténtico riesgo traumático de perder la propia representación. Los Botella afirman que el verdadero trauma no radica en la pérdida temporaria de la madre, sino en la pérdida (o no inscripción) de su representación. Y así, el niño del *Fort-Da*, que se las arreglaba bastante bien para defenderse del *trauma* de las ausencias maternas, ilustra perfectamente la capacidad infantil de encarar la frustración cuando ha habido una buena inscripción inconsciente de la representación madre. Ya lo dice su abuelo, al que no escapó el dato de que el niño había sido criado por su madre y, se comportaba como un niño «juicioso»⁵ (Freud, 1920).

Y aquí es donde viene a cuenta esa cita de los Botella a la que hago referencia en la nota que sigue al párrafo del que hablamos, en la que los autores muestran cómo en un niño adecuadamente estructurado, en el que se han instalado bien las fantasías originarias (en este caso la de la escena primitiva), las ausencias de la madre pasan a ser interpretadas de acuerdo con el guión edípico: «mamá no está porque papá...» (Botella), lo que, al margen de la rabia edípica que pueda generar, tiene evidentemente un efecto antitraumático.

6. El papel del superyó

Ciertamente, el superyó posedípico actúa como una gran contrainvestidura, una síntesis de todas las contrainvestiduras previas, es más —y al decir de Freud (1923: p. 36)—, como una «enérgica formación reactiva» frente a las investiduras edípicas y preedípicas. Así pues, como tal pasa a ser el agente principal de la represión, y en este sentido Freud es taxativo: el superyó «estuvo empeñado en la represión del complejo de Edipo» (*Ibid.*). Y, más aún: «No veo razón alguna para denegar el nombre de ‘represión’ al extrañamiento del yo respecto del complejo de Edipo, si bien *las represiones posteriores* [*spätere Verdrängungen*] son llevadas a cabo la mayoría de las veces con participación del superyó, que aquí recién se forma» (Freud, 1924: pp. 184-185. Las itálicas son mías).

5. Lo que sugiere claramente una buena inscripción de la represión originaria.

Ahora bien, y tal como sugieres en tu escrito, el superyó no es solamente el heredero del Edipo, sino que, como el propio Freud reconoce, «hunde sus raíces en el ello» y por tanto es también un producto derivado del yo ideal narcisista. Este es el origen del llamado superyó arcaico, objeto enloquecedor (García Badaraco, 1989) capaz de trastornar al yo y llevarlo a realizar los más terribles pasajes al acto. Es lo que yo llamé «la clínica de la compulsión» (Sales, 2004). Por supuesto que tal circunstancia psicopatológica nada tiene que ver con la represión, sino más bien con la desmentida de la castración.

Y lo mismo cabría añadir para aquellos antecedentes del superyó a los que te refieres, y que tienen que ver con la (por ti bien conocida) patología de los dobles narcisistas (doble personalidad, etc.). ■

Luis Sales Alloza
Avda de Xile, 38, 11º, 4ª
08028 Barcelona
[T] 934484070
[@] luissales@ols.es